



EDITORIAL

Desde el interior del tren, y mientras no lo pensemos demasiado, no existe cosa más difícil para el vulgar pasajero que saber si lo que se mueve es nuestro propio vagón, o la estación de ferrocarril que quedó atrás; tampoco resulta demasiado sencillo describir con precisión desde la ventanilla lo visto cercano, sobre todo a las altas velocidades del AVE (a pesar de sus infrecuentes e imprevistas ave-rías), pues cuanto mayor es la celeridad del móvil que nos transporta tanto más distorsionados resultan los objetos frente a nosotros, hasta el punto de que en el universo einsteiniano de las megavelocidades y de los hiperespacios padeceríamos lo que hoy cabría designar «síndrome Alfonso Guerra»: una vez en marcha no reconocería a dichos objetos frente a nosotros «ni la madre (patria) que los parió», pues el viajero se encontraría al bajar del tren con otra patria en nada parecida a la del punto de partida.

*A falta de impulsos motóricos más revolucionados, quizá sea esta la forma socialdemócrata moderna e hiperquinética de interpretar la afirmación marxiana de que «los obreros no tienen patria»; sea como fuere, desde que don Alfonso Guerra introdujo la parterología en la historia (un poco como Sócrates, todo hay que decirlo), no se ha resuelto del todo la así generada «paradoja Guerra-Einstein», a saber: ¿cómo es posible encontrarse al final del trayecto en **otra** patria desconocida respecto a la patria Itaca de que se partió, y a la que no habremos de tornar, continuando sin embargo en **la misma** Guerra, al parecer por muchos años?.*

** Pues bien, a pesar de que el tren de los políticos (su tren de vida menos aún) no sea el mismo que el de la mayoría de los vulgares ferroviarios que andamos por esas vías de la sociedad civil, con sus cambios de agujas horarias de cuando en cuando, con sus retrasos y sus extra-víos incluídos, a pesar de todo eso la mayoría de los mortales bípedos también nos movemos física o mentalmente según podemos, lo cual hace que también nosotros carezcamos de la deseada objetividad pura, siempre necesaria para filmar correctamente lo visto en marcha, y del suficiente pulso y pericia narrativa firme como para no velar la película. Unos por demasiado lentos, otros por demasiado rápidos; unos por enfocar demasiado cerca, otros por hipermétropes; unos por resignados, otros por impacientes; unos por ego-céntricos instalados en primera preferente, otros por situarse en el vagón de tropa; unos por una cosa y otros por otra, casi todos cuentan/contamos la movida del carrusel de la historia según les/nos va, y —como ocurre en cualquier caminata—, la unidad de la columna se fragmenta: los que caminan a la cola padecen los tirones y las arritmias de aquellos que pilotan cómodamente la marcha, y los más débiles se quedan en el trayecto antes de llegar a la meta sin que nadie les socorra. A eso se le llama desde Darwin «lucha por la vida», incluso en tiempos de paz.*

Esto —insistimos— le ocurre tanto a los individuos como a los pueblos, a la historia misma. En España, sin necesidad de ir demasiado lejos en el tiempo, han pasado por los juzgados en pocos meses por motivos poco o nada elevados Juan Guerra, Isabel Preysler, Miguel Boyer, Mariano Rubio y algunos miembros más de la «jet» vinculados al poder socialista, o del socialismo vinculado al poder de la «jet»: ¿se ha movido algo en el banquillo? ¿alguien les ha visto ingresando en prisión? ¿acaso se les ha puesto cara de perdedores por la vida? Los instalados en el sentido de la marcha de la historia nunca se mueven hacia abajo, hacia las cárceles, o se mueven de tal modo que siempre van cómodamente en la dirección «adecuada».

Si eso ocurre con los individuos particulares instalados en los Salones y en los Espejos del Gobierno, por lo que hace a los pueblos hoy mismo Italia, Austria, y Alemania sujetan sus fronteras intentando infructuosamente contener la avalancha de decenas de miles de bosnios espaldasmojadas que se les vienen encima horrorizados por la tragedia sobrevenida después de que las fronteras del Este se hayan movido a una velocidad meteorítica tal, que ni siquiera Einstein hubiera podido explicarla. Estos pueblos hoy brutalmente desmovilizados tras haber estado brutalmente frenados, ya en la cuneta de la historia, no son siquiera noticia a menos de dos mil kilómetros porque en realidad no interesan ni poco ni mucho en Mercacomún ni en Eurodisney, y se pudren en su propio vómito sin que nadie les socorra. Del resto de la mayoría de los pueblos del Sur en el mundo, donde continentes enteros como Africa se desangran en permanente balcanización física y bélica, más vale no hablar. Si tuvieran petróleo...

Que todo se mueve es un hecho, la cuestión es saber hacia dónde. En nuestro país «socialista» tuvo lugar el famoso 14-D, la huelga de más general seguimiento de que tenga memoria la historia de España. El motivo que la originó fué, como se recordará, un plan de empleo juvenil. Unos sindicatos de pobre implantación y fuerte dependencia gubernamental dejaron al país al menos durante un día sin pulso alguno. Todo se movió dejando a todos paralizados; pero la paradoja está en que eso se produjo precisamente cuando menor era —insistimos— la implantación militante de la clase obrera española: lo que faltó en militancia fué suplido artificialmente por la televisión y el espectáculo en orden a la movilización masiva. Mientras tanto, los empresarios, que juegan a víctimas de la movida, ante los efectos del nuevo «Decretazo», se quejan una vez más y como siempre de que van a recibir en sus posaderas un puntapié dirigido al trasero del Gobierno, pobrecillos...

** Así las cosas, esta nuestra/vuestra revista, **Aconteci-***

miento, también se mueve, quizá todavía no siempre ni suficientemente sincrónica en el interior de su Consejo de Redacción, aunque sí teleológicamente, esto es, conforme al deseo. ¿Vamos demasiado rápidos, excesivamente lentos? ¿Es cansino, plomizo, aburrido, y premioso nuestro caminar, o urgido por la exigencia de reagrupamiento, preocupado por la voluntad de recuperar a los caídos de la cola y de volcarse en favor del pelotón de los torpes, de aquellos que tropiezan sin avanzar? Desde el interior del propio Consejo de Redacción no lo sabemos del todo, quizá porque necesitamos que los beneficiarios (y destinatarios) nos digais de verdad cuál es nuestra velocidad, nuestra velocidad y nuestro sentido de marcha, claro está, porque una velocidad sin sentido sería vacía, del mismo modo que un sentido sin velocidad sería ciego.

Vosotros, hermanos lectores, tenéis la palabra; por eso ~~nos gustaría que tomáseis esa palabra subiéndoos al tren de la revista misma~~, como tantas veces os hemos pedido. Quizá la culpa de que esto no se produzca con mayor asiduidad se deba a que desde nuestro particular tren no veamos vuestras señales, vuestras peticiones de parada o de cambio de marcha. Estáis tan lejos... En todo caso, la cuestión sigue abierta, porque no siendo fácil su solución, nunca será posible si no se traduce en una solución comunicada y convivida. Con-vivida: Pues no nos basta ni siquiera que la fotocomposición gane en calidad ni el contenido en agudeza crítica, si todo eso no se traduce en convivencia, en el compromiso de la acción a cualquiera de sus niveles, inspirados por un común querer y un querer analítico compartido.

No sólo el inquilino de la Moncloa se encierra en su concha cuando llega al poder, cambiando de marcha respecto al pasado aunque sólo sea porque pierde de vista las necesidades populares desde su lujosa torre de marfil, también al resto de los mortales nos ocurre otro tanto, a todos y en todo, a cada uno en nuestro nivel, sin que esto sirva de excusa para los que ter-

minan haciendo de dicha Moncloa residencia privada. Lo más antiestético del mundo es parasitar al muerto creyendo que se hace un servicio al vivo. Miremos, pues, menos hacia esa Moncloa que para muchos es la Meca, y ~~no preguntemos qué puede hacer el otro por nosotros, sino qué podemos hacer nosotros por el otro~~, ¡no se me muera vuesa merced, no se me muera!

** Mientras tanto, caminamos, aunque, la verdad, no oímos todavía los ladridos de los canes protestando incómodos por nuestra presencia, esos de los que el inmortal Alonso de Quijano dijera: «Ladran, luego cabalgamos». ~~Hacemos poco ruido, molestamos poco~~, eso es cierto, porque también nosotros estamos un poco aquinéticos en nuestra concha o conchita particular, en este caso una Moncloa de papel con pastas, sin beneficio alguno. Lo reconocemos, pero con alegría y voluntad de mejora. Vamos a cumplir **veinticinco salidas** quijotescas por los campos de Montiel, y seguimos con la misma ilusión, aunque con un poco más de plomo en nuestras cansadas piernas, que precisan de renovos y de colaboraciones más frescas.*

*Precisamente porque queremos incidir en la realidad cotidiana lo más posible sin abandonar la fecundidad de una reflexión bien hecha e iluminadora, es por lo que en el presente número hemos roto la inercia del movimiento uniforme de los números monográficos, para comunicarnos **sobre la marcha**. Llevados de esta convicción, una tarde convinimos, pues, en decirnos cada uno de los miembros del consejo de redacción a nosotros mismos: **¿cómo transmitiría yo a los lectores de Acontecimiento mi principal preocupación en estos momentos?** ¿qué urgencias, qué cadencias, qué decadencias incluso, quiero hacerles ver para su eventual corrección? ¿de qué modo podríamos universalizar nuestro discurso y nuestra acción, coger mañana una velocidad crucero, echando al viento a partir de ahora nuestras exigencias particulares comunicadas? Henos aquí, pues.*

* Observará el lector, así las cosas, que nuestro Consejo de Redacción tiene como siempre (y aún más que siempre, tras un rodaje antiguo) un sentir común que se traduce en esta convicción básica que constituye su mínimo común denominador: **no habrá marcha hacia Eutopía si no transformamos la polis, pero tampoco la habrá si no transformamos simultáneamente el interior de nuestra propia subjetividad. La revolución, ya lo hemos dicho mil veces, será material o no será, será espiritual o no será:** así habla nuestro personalismo comunitario, que sabe de dos necesidades simultáneas y concéntricas, a saber, la necesidad de re-conversión de la polis en que convivimos, y la necesidad de **con**versión de la persona que cada uno somos.

También observará el lector que, aun dentro de este marco, existen dos sensibilidades netamente diferenciadas: algunos miembros del Consejo de Redacción resultan más sensibles a la **reconversión** exterior (urgencias sociales y políticas en sentido lato), mientras que otros lo son a la **conversión** del corazón (urgencias individuales, familiares, microgrupales), aunque los primeros no ignoren, ni olviden, ni menosprecien lo segundo, ni los segundos ignoren, olviden, o menosprecien lo primero. Los unos sin los otros no tendrían sentido, como es bien sabido en la tribu personalista y comunitaria que formamos. Olvidar las condiciones impuestas por las estructuras económicas y sociales, decía Mounier, sería hacer el tonto por angelismo; pero olvidar la revolución interior sería no menos tonto, pues ¿cómo buscar fuera lo que no se tiene dentro, sin incurrir en una clara petición de principio?

* Henos aquí, pues, como siempre, para intentar vivir conforme a lo que nos gustaría. Este es, como el primer día, el **propósito que nos mueve**: «Nuestra acción no está esencialmente orientada hacia el éxito, sino hacia **el testimonio**. Bien entendido esto, las ideas no nos aportan alivio; la acción no la deseamos para nosotros mismos, ni necesariamente para nosotros, sino para esas ideas y para esos miles de hombres que todavía

no han desesperado. Pero aunque estuviéramos seguros del fracaso, nos pondríamos en marcha de todas formas, porque el silencio se ha convertido en intolerable» (Mounier, *Revolución Personalista y Comunitaria*).

* Pero, junto a ese propósito, ésta es, como el primer día, la **realidad que nos preocupa**: «~~El mundo se hace cada día más difícil de comprender, pero cada vez más fácil de manejar~~» (Mounier, *Revolución Personalista y Comunitaria*). El mundo del dinero como proyecto escatológico se traduce ya en destrucción acelerada de la continuidad lógica del discurso humano. Etapa suicida, exterminista.

Cada época tiene su afán, y las fórmulas y sus recambios no valen para siempre. Ayer el comunismo era «la realidad», frente a la que Mounier reaccionaba así: «El comunismo es una filosofía de la tercera persona, impersonal. Pero hay dos filosofías de la primera persona, dos maneras de pensar y de pronunciar la primera persona: Estamos en contra de la filosofía del yo y en favor de la filosofía del nosotros» (Mounier, *RPC*). Por ser una filosofía de la tercera persona, el comunismo cayó, pues **en el «socialismo real», como dijera R. Dutschke, todo era real menos el socialismo**. Hoy el poscomunismo (que ni siquiera es una realidad de la tercera persona, sino del impersonal irreflexivo) es la realidad que muchos quieren ya inmovible e inmóvil, también aquellos que se agitaron en su día para superar dicha inmovilidad, y así vivimos a la sazón, atiborrados de socialismo realista: «~~Ser socialista hoy en España, dice Josep Borrell, quiere decir poder enriquecerse y no hacerlo~~». La vanguardia es el mercado. En definitiva, a elegir entre un menú de tres platos de lentejas (las tomas o las dejás) precisado de mayores aderezos: a) Ser de izquierda es no ser nada, o ser una mera palabra; b) Ser de izquierda es estar a la izquierda de don Manuel Fraga, a pesar de que ahora se haya vuelto pro-Fidel y galleguista ultranacionalista; c) Ser de izquierda es ser la mano izquierda de la derecha que amasa el barro de Mammona.

* **Pese a todo**, nosotros no nos rendimos; hablando de movimiento nosotros no somos de los que decimos que «no nos moverán», sino que nosotros «les moveremos», aunque no sepamos el día ni la hora, ni si lo verán o no nuestros ojos sociológicos. Y porque lo nuestro es mejor, nada de retirarse a los cuarteles de invierno de la lírica. Nada de revolución que es freno de seguridad. Nada de socialismo meramente procedimental pero irreal. Todo eso constituye tan solo, el mero límite interno del sistema. Hagámonos espaldas en la medida de lo posible, y ya que no tenemos reñones para cursar la carrera en calidad de «externos» al sistema capitalista, intentemos al menos la aventura «mediopensionistas» respecto del sistema, hagámonos, en fin, un poco más «teólogos» cada día, si es verdad que el teólogo no sabe más que el filósofo, pero lo sabe mejor porque lo saborea más vitalmente.

Creemos, pues, ~~pequeñas bolsas de realismo teológico/profético~~ en medio de la fantasmagoría socioeconómica del Becerro de Oro, y denunciemos desde esa teología/utopía, denunciemos sin mayores miedos, aunque desde la cortesana «Katherphilosophie» nos llamen fundamentalistas o fideístas los siempre bien educados siervos del cartesianismo que va especialmente contra los más pobres y desgraciados de la tierra: Lo fácil es ser «demócrata» en Suiza, «dialogante» con la despensa guarnecida, y «tolerante» entre minorías socioeconómicamente bien comidas, a las cuales les resulta muy progre decir desde la Francia bonita que «el Islam es lo inaceptable» (Alain Finkielkraut). Pero si en el sistema de rechazos de usted, amigo Finkielkraut, que tantas buenas cosas nos ha enseñado, no entra con la misma rotundidad el rechazo del chauvinismo francés, con su creciente carga xenófoba, racista, y fascista no podremos evitar que los demás piensen que practicamos la selectividad hipócrita; rechazemos, pues, también lo inaceptable socioeconómico sin hipocresías estetizantes o débiles, movamos el culo hacia lo aceptable, hacia el «humanismo ecuménico» (A. Schaff), o dejemos de dar la murga.

* **Haya, pues, esperanza activa.** Actividad, sí; pero paz y reflexión también; movimiento, desde luego; pero con dirección adecuada y horizonte de sentido; celeridad, evidentemente; pero sin saltarse los semáforos para evitar catástrofes. **La esperanza activa debe saber manejar las dos palancas del querer y del poder**, lo que entraña por ende el **saber** exigir y el tener que renunciar. La impaciencia puede ser tan reaccionaria como el desinterés: Sólo la paciencia se carga de tensión entre el ya y el todavía-no, y por eso dista de ser una virtud pasiva. Como dijera Bertold ~~Brecht~~, hay quienes luchan un día y son buenos; otros que luchan un mes y son más buenos; otros que luchan diez años y son excelentes; pero ~~los que luchan toda la vida son los imprescindibles.~~

Ahora bien, es cierto que **Acontecimiento** va ya para diez años, pero a ella todavía no pueden aplicárseles los criterios brechtianos, pues —sinceramente— ni siquiera es buena aún, aunque creamos vivamente que tiene que serlo. Cuando hablamos de acción militante nunca hablamos desde criterios meramente ontogenéticos individuales, pues no debemos perder de vista la evolución filogenética de la especie. Desde ella se sitúan siempre los problemas de una ontología militante. Desde esta perspectiva, que evitaría muchas decepciones y aporta mucho realismo al sentido del movimiento en la larga marcha de hominización de la especie, la evolución del ser humano constituye el sapo que ha de tragarse el impaciente en su desayuno cotidiano: El Australopiteco tiene un millón de años de antigüedad; el Pitecantropo, 400.000 años; el Hombre de Neanderthal, 40.000 años tan sólo, todo eso aproximadamente: «Esterni sumus», somos de ayer, acabamos de irrumpir en el tiempo para los valores superiores, y eso explica también ciertos tropezones como los de Auschwitz.

Aun tenemos que madurar muchísimo colectiva e individualmente, y para aportar nuestro pequeñísimo granito de arena en un panorama tan vasto, pequeñito grano pero valiosí-